

Yasheng Huang

Selling China

Foreign Direct Investment During the Reform Era
Cambridge University Press, Nueva York, 2003,
406 págs., US\$50 (tela).

EN GENERAL, se ha considerado que la capacidad de China para atraer inversión extranjera directa (IED) es una señal de solidez económica. Desde que emprendió las reformas de mercado en 1978, China ha recibido más de US\$400.000 millones en IED. Últimamente estas entradas han ascendido a más de US\$40.000 millones por año y han representado la quinta parte del total de flujos de IED a los países en desarrollo. El año pasado, China atrajo más IED que Estados Unidos, convirtiéndose en el primer receptor mundial.

Sin embargo, Yasheng Huang, de MIT, sostiene que este gran volumen de IED podría ser signo de debilidad económica de China; aduce que las oportunidades de negocio para los inversionistas extranjeros se deben, más bien, a que muchas empresas chinas

¿Qué hay detrás de la inversión extranjera en China?

no están en condiciones de mejorar su eficiencia, y a las limitaciones impuestas al incipiente sector privado por la estrategia de reforma adoptada para las empresas estatales.

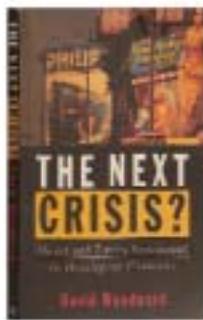
Aunque dicha estrategia ha sido innovadora en algunos sentidos (por ejemplo, la contratación por incentivos), en otros ha sido deficiente y contradictoria. La reforma de las empresas estatales ha sido intermitente y, por lo tanto, no se ha traducido en un aumento sostenido de la eficiencia. Según señala el autor, la estrategia ha sido de carácter administrativo en vez de ser impulsada por el mercado, y ha discriminado en contra de las empresas privadas nacionales, por ejemplo, ofreciendo beneficios impositivos a los inversionistas extranjeros y no a los empresarios del país. Este tipo de discriminación promueve las inversiones de "ida y vuelta" de los ciudadanos chinos residentes en el extranjero. Dadas las deficiencias de las instituciones de mercado, que no ofrecen un sistema de buena fe de pesos y contrapesos, las reformas del sector estatal han dado lugar al desmantelamiento de los activos, a un comportamiento oportunista y a una asignación ineficiente de los recursos. De hecho, la reforma de las empresas estatales ha permitido la privatización de los activos y la socialización de los pasivos.

Para otros analistas es un enigma cómo ha podido China atraer grandes cantidades de IED a pesar de no contar con una fuerte tradición de estado de derecho. Algunos sostienen que ello se debe a que las decisiones de los inversionistas extranjeros en China dependen de redes personales informales —*guanxi*— que compensan las deficiencias de las instituciones formales chinas. El autor complementa este argumento señalando que un porcentaje considerable de la inversión extranjera se ha destinado a las empresas estatales, que sin ser muy eficientes, son las más favorecidas políticamente y gozan de ciertas ventajas comerciales que no disfrutan sus homólogas del sector privado.

Huang cuenta con muchos datos que refuerzan su tesis y su estudio representa una importante contribución a la literatura sobre el tema; sin embargo, parece que la importancia del fenómeno está decreciendo. El porcentaje que representan los flujos de IED que se dirigen a empresas conjuntas ha disminuido mucho desde mediados de los años noventa: de un 75% en 1994 a menos del 40% el pasado año.

Harry G. Broadman

Economista principal
Operaciones regionales en
Europa y Asia Central
Banco Mundial



David Woodward

The Next Crisis?

Direct and Equity Investment in
Developing Countries
Zed Books, Nueva York, 2001, xiv + 240 págs.,
US\$69 (tela), US\$25 (rústica).

¿Los peligros del capital extranjero?

ESTE LIBRO critica a las instituciones financieras internacionales porque promueven el recurso al capital accionario extranjero para impulsar el crecimiento económico de los países en desarrollo y diversificar los riesgos. El autor sostiene que no se presta suficiente atención al hecho de que este tipo de recursos puede aumentar la vulnerabilidad a las crisis financieras y traza un paralelo entre el rápido aumento de los préstamos de consorcios bancarios a los países en desarrollo

en los años setenta, que dio lugar a las crisis de la deuda, y el incremento de los flujos de capital social en los años noventa, insistiendo en que este último podría desencadenar la próxima crisis.

Woodward extrae varias conclusiones sobre el impacto de estos flujos de capital en los países beneficiarios y subraya que, a veces, se exageran los beneficios. Aunque muchas de sus conclusiones son discutibles, tiene razón en dos cosas: en primer lugar, la calidad de los datos sobre la inversión

extranjera directa (IED) es deficiente, y las estimaciones de dichos flujos varían mucho según las fuentes. Como consecuencia, a veces es difícil determinar qué impacto tiene la IED sobre la economía y la balanza de pagos de un país. Segundo, debido a la baja calidad de la información es difícil hacerse una idea precisa de la magnitud de los pasivos del sector privado de los países en desarrollo, incluidos la deuda externa y los pasivos interbancarios de las empresas, lo que los hace más vulnerables.

Pero las demás conclusiones, sobre todo en relación con la IED, son algo exageradas. Por ejemplo, las corrientes de IED tienden a ser más resistentes que los demás flujos de capital porque, debido a

que su horizonte temporal es relativamente largo, a los inversionistas les preocupa menos los cambios de sentido de los flujos en el corto plazo, incluso los que tienen su origen en las políticas de los países beneficiarios. Además, a diferencia de la deuda, que conlleva el pago de intereses aunque la economía no sea muy floreciente, la IED permite distribuir el riesgo entre los inversionistas y el país beneficiario: el costo de servicio de la inversión se reduce cuando empeora la situación económica del país beneficiario.

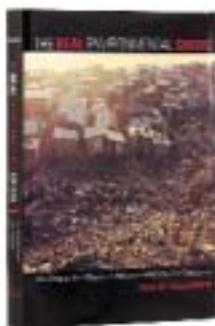
Pese a los temores del autor, el aumento de la proporción de IED en los flujos totales de capital que reciben los países en desarrollo, incluidos los de importancia sistemática, es un hecho positivo.

Sin embargo, no hay que restar importancia a ciertos riesgos: algunos inversionistas, como los bancos, podrían reducir sus inversiones en un país o retirarse por completo si surgen presiones. Asimismo, las operaciones de cobertura realizadas por los inversionistas extranjeros podrían dar lugar a salidas de capital en tiempos difíciles.

Se debería haber analizado cómo pueden afectar a los flujos de IED en los países en desarrollo el financiamiento y la cobertura de las inversiones, sobre todo, en épocas de crisis.

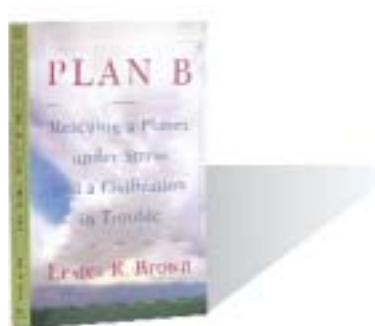
Krishna Srinivasan

Subjefe de División
Departamento de Elaboración y
Examen de Políticas del FMI



Jack Hollander

The Real Environmental Crisis
Why Poverty, Not Affluence, Is the Environment's Number One Enemy
University of California Press, Berkeley, 2003,
251 págs., US\$27,50 (tela).



Lester Brown

Plan B: Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble
W.W. Norton & Company, Nueva York, 2003,
285 págs., US\$15,95 (rústica).

En bandos opuestos

JACK HOLLANDER y Lester Brown escriben con un estilo afable, pero estos dos libros son, prácticamente, una pelea a gritos.

Hollander, eminentemente científico y catedrático emérito de la Universidad de California en Berkeley, acusa a los ambientalistas de fomentar un pesimismo extremo basado en la idea errónea de que la transición de la pobreza a la prosperidad, al estimular un consumo derrochador, acarrea la destrucción del medio ambiente. En perfecta contraposición, Brown, reconocido ambienta-

lista que dirige el *Earth Policy Institute*, opina que el mundo ha creado una economía basada en una burbuja ambiental, en la que la producción económica está inflada artificialmente por un consumo excesivo de los activos naturales de la Tierra, y que la destrucción perpetrada por el terrorismo probablemente sea pequeña en comparación con el sufrimiento que causaría a escala mundial el estallido de esta burbuja.

Según Hollander, en lo que respecta al medio ambiente, la pobreza es el malo de la película, y los pobres, las

víctimas. Cuando los pobres superan la pobreza pueden dedicar recursos a mejorar la calidad ambiental. Para defender su argumento cita Estados Unidos: el aire y el agua potable no han sido tan puros en los últimos 50 años, los alimentos son más abundantes y seguros, hay más zonas forestadas que en los tres últimos siglos, la mayoría de los ríos y lagos vuelven a estar limpios, y la industria, los edificios y el transporte son más eficientes que nunca desde el punto de vista de la energía y los recursos.

Hollander sostiene que en muchos otros países industriales la experiencia es parecida. Si bien admite que la situación de los recursos y del medio ambiente dista de ser perfecta y que hay muchos problemas concretos por abordar, piensa que no es lo mismo aconsejar prudencia en una pendiente que gritar "fuego" en un teatro abarrotrado de público y que, en nombre del medio ambiente, ha habido un exceso de alarmismo.

Para Hollander, el medio ambiente mejorará si, a escala nacional e internacional, se intensifican las medidas para reducir la pobreza. Si bien menciona iniciativas del Banco Mundial y del FMI en ese sentido, destaca la labor de las Naciones Unidas, en particular, el informe de 2001 en el que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo concluyó que el avance en la lucha

contra la pobreza exige globalización —sobre todo la difusión a escala mundial de la tecnología de la información y las comunicaciones— y el desarrollo de biotecnologías genéticas para la agricultura y la medicina. Brown, por el contrario, piensa que lo primero debe ser la sostenibilidad ambiental y propone un plan B: una movilización masiva con una cooperación mundial sin precedentes... y a toda máquina.

Como sus planteamientos son radicalmente distintos, Hollander y Brown están en bandos opuestos en casi todos los temas de importancia:

- ¿Sobrepoblación? Para Hollander, la prosperidad es lo que permite la sostenibilidad demográfica porque al vivir mejor (y más tiempo), las familias se están tornando más pequeñas en todo el mundo. Para Brown, muchos países en desarrollo no pueden esperar a que llegue la prosperidad: deben reducir el tamaño de la familia rápidamente y estabilizar la población, quizás imitando el programa de planificación familiar que adoptó Irán en los años noventa. En su opinión, ha llegado la hora de que los líderes mundiales reconozcan públicamente que la Tierra no puede albergar fácilmente a más de dos hijos por familia.

• ¿Recalentamiento del planeta? Según Hollander, los medios de comunicación han sido tan alarmistas que no se advierte la falta de contundencia de las pruebas. Es muy difícil detectar científicamente un pequeño grado de calentamiento ocasionado por la actividad humana en el contexto mucho más amplio de un cambio climático que tiene causas naturales. Para Brown, la evidencia está por todas partes (olas de calor y derretimiento de los casquetes polares y los glaciares) y cita previsiones de que en 15 años habrán desaparecido la mayoría de los glaciares sudamericanos y las nieves eternas del Kilimanjaro.

Pero Brown piensa que no tendremos que esperar 15 años para asistir a una degradación manifiesta del medio ambiente: el sector económico más vulnerable es el de la alimentación, en donde la burbuja es más obvia. El bombeo excesivo de los acuíferos para estimular la producción de alimentos a corto plazo causa una contracción de la producción a largo plazo, como ya se puede observar en muchos países más pequeños y como está ocurriendo ahora en uno de los más grandes, China. La reducción de la cosecha de cereales en este país durante el último quinquenio

equivale en magnitud a la totalidad de la cosecha de Canadá. Aunque China ha podido hacer frente a esa pérdida recurriendo a sus enormes reservas, Brown sostiene que esta situación solo es sostenible uno o dos años más y que cuando el país comience a importar masivamente del mercado mundial de cereales, los efectos se reflejarán en los precios de los supermercados. La subida de precios de los alimentos en los próximos dos años será el primer indicador económico mundial de que la burbuja va a estallar.

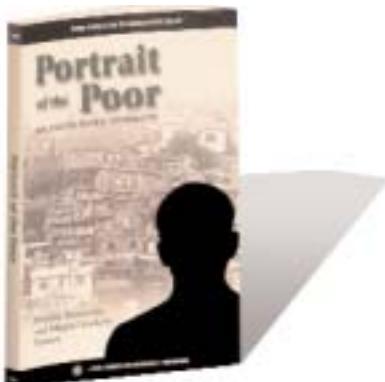
Para Hollander, por el contrario, si prospera la investigación biotecnológica que está realizando la provincia de Hunan, la producción de arroz en China podría crecer entre un 15% y un 20% en los próximos años. Y la revolución biotecnológica en otros países —la segunda revolución verde— podría garantizar el éxito en la guerra contra el hambre.

¿Quién tiene la razón? Los precios de los alimentos lo dirán. Si no suben en un par de años, Brown tendrá que dar algunas explicaciones.

Prakash Loungani

Director Adjunto

Departamento de Relaciones Externas del FMI



Orazio Attanasio y Miguel Szekely (a cargo de la edición)

Portrait of the Poor

An Assets-Based Approach

Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, 2001, 272 págs., US\$24,95 (rústica).

Un sondeo de la pobreza

“LOS RICOS son muy distintos de nosotros”, se dice que le comentó una vez F. Scott Fitzgerald a Ernest Hemingway. “Sí”, le respondió éste, “tienen más dinero”. No debe sorprender que los pobres tengan menos dinero, es decir, menos capital de cualquier tipo (humano, físico y social). Éste es uno de los hechos que se documentan en este estudio de las características socioeconómicas de los hogares de seis países de América Latina.

En este trabajo se aborda una cuestión más apremiante: ¿Carecen los pobres de capital simplemente porque son pobres (y, por lo tanto, no pueden ahorrar) o debido a las limitaciones derivadas de las fallas de los mercados y los gobiernos? En el primer caso, en los programas de lucha contra la pobreza

bastaría con realizar transferencias directas de ingresos a los pobres, mientras que en el segundo, habría que eliminar los problemas estructurales que dificultan la acumulación de capital.

Los autores argumentan con contundencia que la causa del problema está en las limitaciones estructurales y señalan que, como consecuencia de las fallas y la falta de desarrollo de los mercados de capital, a los pobres les resulta más difícil ahorrar, obtener préstamos e invertir; por otra parte, la inefficiencia de los servicios públicos de educación y salud, el desigual acceso a los servicios de agua y electricidad y la falta de flexibilidad de la legislación laboral, que desincentiva el trabajo a tiempo parcial, afectan de forma desproporcionada a los pobres, sobre todo a las mujeres.

Para remediar estos problemas, los autores proponen lo que denominan un programa de lucha contra la pobreza en América Latina de “cuarta generación”: aumentar la inversión en el capital humano de los pobres, promover instituciones financieras de pequeña escala, adoptar presupuestos basados en resultados en los sectores de educación y

salud pública, flexibilizar la legislación laboral y ampliar el seguro de desempleo.

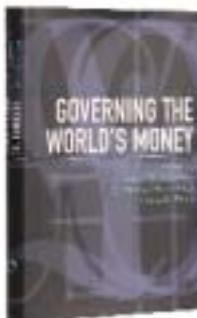
Naturalmente, muchas de las propuestas no son novedosas ni especialmente convincentes. Se debería haber prestado más atención a la eficacia potencial de las propuestas en materia de política y menos a detallar exhaustivamente correlaciones ya sabidas entre el

ingreso y los activos. Con todo, el libro ofrece ideas, estadísticas y propuestas esclarecedoras sobre la reducción de la pobreza, especialmente en el contexto latinoamericano.

Kevin Fletcher

Economista,

Departamento de Finanzas
Públicas del FMI



David M. Andrews, C. Randall Henning y Louis W. Pauly (a cargo de la edición)

Governing the World's Money

Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2002,
222 págs., US\$35,00 (tela).

MILES KAHLER afirma en uno de los 10 ensayos que componen este interesante volumen que Wall Street y la Reserva Federal de Nueva York eran los opositores más acérrimos a la creación del FMI, y el Banco de Inglaterra compartía su escepticismo. Además de la evolución de las instituciones de Bretton Woods, en esta obra se analizan el alcance y los beneficios de la integración monetaria regional, y los cambios en las instituciones en respuesta a la globalización de los mercados financieros.

El nacimiento de las instituciones de Bretton Woods en los años cuarenta marcó una delegación de poderes de las instituciones monetarias nacionales a las internacionales que no tuvo equivalente hasta la creación de las instituciones monetarias europeas cuatro décadas después, escribe Kahler. Fue un punto difícil. Wall Street se oponía a la transferencia de poder de unas pocas instituciones monetarias nacionales conservadoras a un organismo multilateral como el FMI, por temor a que terminara convirtiéndose en un hervidero de activismo izquierdista.

Según Kahler, Keynes también se resistía firmemente a la intrusión del

Atenuar las tensiones monetarias

nuevo organismo en la política económica nacional, y prefería más bien un modelo tecnocrático y no político, insistiendo en la idea de un FMI que concediera exclusivamente a las autoridades monetarias nacionales el derecho de iniciativa. Estados Unidos, por el contrario, se abrió más a la idea de delegar poderes al FMI cuando quedó claro lo improbable de que este país tuviera que solicitar recursos a la institución.

Esas tensiones aún persisten, según Thomas Willett, que analiza el uso de la condicionalidad del FMI para propiciar cambios en las políticas económicas nacionales. Señala que hay quienes proponen una condicionalidad limitada en los programas del FMI y la aplicación de criterios estrictos respecto a las medidas de política, y se pregunta si se impondría a un gran país industrial que solicitara recursos al FMI una política de esa naturaleza.

Para Willett, esa opinión es producto, en parte, de la impresión generalizada de que Japón y Estados Unidos se aprovecharon de la debilidad de Corea durante la crisis financiera de Asia de 1997-98 y usaron al FMI de palanca para forzar la liberalización en sectores que no tenían que ver ni con la causa ni con la solución de la crisis. A su juicio, esa impresión resta legitimidad política a los programas del FMI y puede socavar mucho su eficacia; la solución es que los gobiernos nacionales se identifiquen más con los programas y que el personal del FMI realice más análisis de economía política.

En cuanto a la integración monetaria regional, Peter Kenen pasa revista a los trabajos sobre las zonas monetarias óptimas en la teoría y la práctica, Pier Carlo Paoletti examina la evolución de la

Unión Monetaria Europea y Kathleen McNamara describe la transición a una moneda nacional en Estados Unidos tras la guerra civil en la década de 1860. Eric Helleiner analiza por qué tantos países, sobre todo los más pequeños, están abandonando la moneda nacional para adoptar regímenes como la dolarización o la unión monetaria; entre otras razones, menciona las expectativas menos favorables de las ventajas de la independencia monetaria y la mayor importancia que se está dando a la credibilidad y la estabilidad monetarias.

Philip Cerny afirma que la intensificación de la globalización de los mercados financieros está creando redes de gobernabilidad que trascienden el Estado-nación para abarcar estructuras transnacionales y afiliaciones globales entre los agentes. Para reducir la inestabilidad de los mercados se requieren nuevas formas de cooperación y gobierno, como la adopción de normas y códigos bajo los auspicios del FMI, el Banco Mundial y organismos normativos.

La obra se completa con una panorámica preparada por los tres encargados de la edición y con dos estudios metodológicos de Robert Gilpin y John Odell sobre la aplicación de la economía política al análisis de la evolución de las instituciones y las finanzas internacionales. Acertadamente, el enfoque de la obra es multidisciplinario y reúne a reconocidos expertos en economía, ciencias políticas y relaciones internacionales. Los ensayos son muy interesantes, pero muchos de los temas son tan complejos que no se prestan a una respuesta fácil.

George Iden

Economista principal

Departamento de Sistemas Monetarios y Financieros del FMI